

XVII

LA FLOR

Salieron á uno de los corredores. Las lámparas de cristal apagado derramaban una luz suave sobre aquel encantado lugar. El perfume de las magnolias, de las violetas y del azahar del patio, y el de los heliotropos y de las madre selvas del corredor, embalsamaban la atmósfera completamente. Aquello era un jardín encantado, un paraíso.

Clemencia condujo á Fernando hasta donde estaba un soberbio tabor japonés, sobre un pedestal de mármol rojizo, frente á una puerta abierta y que dejaba ver al través de sus ricas cortinas una pieza elegantísima, é iluminada también suavemente por una lámpara azul.

— Aquí está mi planta querida, es una

CAPITULO XVIII

tuberosa de la más rara especie... vea vd. qué hermosa es y qué rico aroma tiene. Aunque el invierno aquí no es nada riguroso como vd. lo conoce, cuesta siempre trabajo conservar esta planta, que vive mejor en la primavera : por eso la estimo más hoy. No encontraría vd. en todo Guadalajara un ejemplar igual. Y vea vd., esta flor se abre en la mañana, pero todavía más en la noche, y está más perfumada.

— En efecto, es divina esta flor.

— Pues bien; va vd. á guardarla.

— ¿Qué va vd. á hacer, Clemencia?

— A cortarla; ¿no he dicho á vd. que iba á ofrecérsela?

— Pero vea vd. que es una lástima, niña.

— ¿La rechaza vd. de nuevo? ¡Arranco la planta!

— ¡Oh, no!... pero ¿cómo agradecer?...

— ¿Cómo? guardando esta flor junto al corazón de vd., como una reliquia y como un talismán; la da el cariño, y la honrará el valor; guárdela vd., Fernando...

Y Clemencia la ofreció con las mejillas llenas de rubor, á Valle que la tomó temblando, la llevó á sus labios y la colocó en un ojal de su levita.

Clemencia se quitó un pequeño alfiler de oro y clavó con él la tuberosa que no podía

afirmarse en el ojal. Sus bellas manos temblaban también, y como la levita estaba naturalmente abrochada al estilo militar, sintieron perfectamente los fuertes latidos del corazón de Fernando, que parecía próximo á estallar.

El joven perdía la cabeza. Sentía junto á su rostro los cabellos sedosos y perfumados de Clemencia : devoraba con sus ojos aquel cuello blanco y hermoso que no distaba de sus labios sino algunas pulgadas; oía también los latidos apresurados de aquel corazón virginal y ardiente, que se confundían con los del suyo. Las manos de aquella mujer encantadora oprimían su seno, su aliento le abrasaba!...

Esto le parecía un sueño, y estaba próximo á desfallecer.

Los labios se abrieron para pronunciar yo no sé qué palabras atrevidas y locas... pero apenas pudieron murmurar agitados y trémulos :

— ¡Clemencia, piedad!

Clemencia fijó en él sus ojos negros y abrasadores, y ocultando en seguida el semblante volvió á tomar el brazo del joven y le obligó á dar algunos pasos.

— Tal vez sin pensar en ello, le dijo, he hecho romper á vd. un voto ó he profanado un recuerdo querido. Tal vez el pecho de vd.

es un altar sagrado en el que sólo alguna ausente tiene el derecho de poner flores... ¡soy una loca!

É inclinó la frente con tristeza.

— No, Clemencia, no... yo juro....

— Pero he preguntado á vd. en vano su secreto; vd. no me ha creído quizás bastante digna de saberlo.

— Mi secreto es, Clemencia, que he sido siempre infeliz; que jamás un ser piadoso se ha dignado bajar hasta mi los ojos; que he cruzado la vida siempre triste, solitario y desdénado; que sintiendo una alma fogosa y tierna, jamás he creído que nadie pudiese aceptar mi amor, y que vd. es el primer ángel que aparece en mi camino tenebroso y maldito; que las palabras de vd. han penetrado en mi corazón y han hecho nacer en él un sentimiento desconocido, dulce, poderoso, que ha crecido en minutos y que me abrasa. Que desconfiado, como todo infeliz, he creído que me hacía vd. el juguete de un extraño capricho; que al ver á Enrique frente á nosotros esta noche, á Enrique, con quien no puedo compararme, que es tan hermoso, tan seductor, tan espiritual, he sentido... celos, ¿para qué lo he de ocultar? y que he querido huir de esta casa donde sufría yo tanto. Ahora mismo esto me parece un sueño. He, ahí mi secreto.

Clemencia se estremeció al oír nombrar á Enrique; pero disimulando su emoción, replicó :

— ¡Qué niño es vd., Fernando! ¿Y pudo vd. creer que yo fuese una coqueta sin corazón que quisiera hacer de la alma noble, desgraciada y generosa de vd., el juguete de un capricho indigno? ¿Qué me importan la hermosura, la gallardía y la seducción del amigo de vd.? ¿Cree vd. que yo soy de las que prefieren eso á las dotes del alma? Desde la primera vez en que vi á vd. en casa de Isabel, establecí perfectamente la diferencia que hay entre vd., hombre de corazón y de talento, y Flores, que me parece un galán de oficio, sin alma, y cuyo espíritu ligero y alegre, va revelando una vida gastada en los galanteos y los placeres. No me juzgue vd. mal, Fernando, ni crea vd. que soy la *coqueta* casquivana á quien calumnian en Guadalajara. Soy franca, desdeño las reservas de mi sexo, tengo una educación especial, una independencia de carácter que me permite reirme del *qué dirán* y hacer siempre lo que me inspira el corazón. Hace tres días que conozco á vd., y esto me basta... Pero ahí viene Flores : Fernando, mañana estará marchita esa flor, pero yo la haré revivir con la savia del cariño...

Enrique se acercó entre envidioso y alegre.

— Clemencia, ¿nos quiere vd. privar de su presencia en el salón? Se va á bailar; ¿podré contar con alguna pieza?

Clemencia afectó mirar á Fernando, como interrogándole.

— Comprendo, dijo Enrique, quería vd. preferir á mi pobre Fernando; pero debo anticipar que éste no baila nunca.

— ¿Es posible, Valle? ¿vd. no baila?

— En efecto, Clemencia, no sé bailar... y anuncio á vd. que Enrique es un walsador terrible.

— ¿Pero Isabel?

— Me ha dado ya la primera contradanza, después se tocará un wals... ella misma le tocará, me lo ha prometido, es un wals de Strauss ¡un delicioso wals de Strauss!

— Bien, cuente vd. con él.

— Gracias, hermosa niña. Pero, chico, dijo volviéndose á Fernando, ¿qué flor es esa tan linda que tienes en el ojal?

— Es la que le ofrecí... la más querida de mis flores, la que yo cuido como á una favorita...

— ¡Dichoso Fernando! ¿Y para mí, Clemencia, no ha quedado otra por ahí?

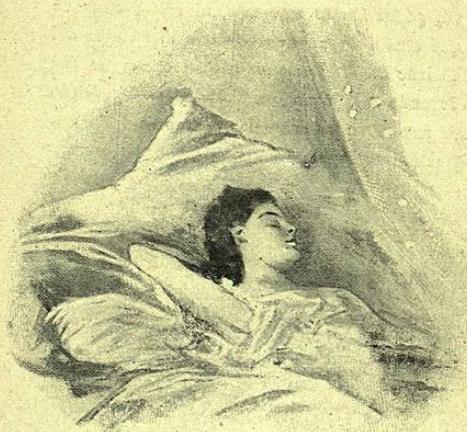
— Era la única, Flores, la única que se había entreabierto esta mañana y que acabó de abrirse esta noche.

— ¡Qué desgraciado soy siempre... yo no sé cómo Fernando me echa en cara mi felicidad.

— Pero esa no es la felicidad, dijo Clemencia; la felicidad consiste para vd. en otra cosa...

— Es verdad, la felicidad consiste en ver á vd. ¿Qué flor es más roja, ni más perfumada que esos labios... que envidiaría una virgen del Ticiano?... Y Enrique hablando así se fué llevando á la joven y á Valle al salón, donde ya resonaban las armonías poderosas del piano y se empezaba el baile.

CASILLA ALEJANDRINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



XVIII

CLEMENCIA

Se bailó un poco.

A las doce de la noche la reunión se disolvió. Los oficiales se fueron también; como siempre, Enrique alegre, Fernando taciturno. El coche de Clemencia condujo á su casa á Mariana y á Isabel.

Aquella dijo á la rubia al darle el beso y el abrazo de despedida :

— ¿Eres muy feliz, Isabel ?

— Creo que sí, Clemencia; estoy desvanecida de felicidad.

— Pues bien, linda mía, que el ángel del amor te cubra con sus alas, que sueñes hoy con el cielo.

Y luego, entrándose á sus piezas, después de besar á sus padres, que la habían creído muy

contenta esa noche, dijo cayendo en un sillón, con un despecho mal comprimido :

— ¡Isabel vencerme! ¡Haber preferido á Isabel! ¿Es pues, más bella que yo?

Y luego, quedándose pensativa, añadió con remordimiento :

— ¡Pobre Fernando! He hecho mal en jugar así con su corazón! Si hubiera visto en el fondo del mio, ¿qué hubiera dicho?... no había necesidad de este engaño... mañana yo le diré que no tome á lo serio... ¡y la flor! ¡y tantas palabras! ¿Qué he hecho, Dios mio? ¿qué he hecho?...

Y luego comenzó á desnudarse y á despeinarse con ayuda de una joven camarista; envolvióse después en un rico peinador blanco, que dejaba adivinar toda la riqueza y perfección de sus formas, dignas de una estatua griega; descalzaronle sus pequeños y elegantes botines de raso blanco, metió sus lindos pies en unas pantuflas de seda roja, despidió á su criada, cubrió con una veladora más oscura su lámpara azul, y arrodillándose en el mullido tapete que había á los pies de su lecho aristocrático, y dejando caer su joyante cabellera negra sobre sus espaldas y cuello, se reclinó con dolor, apoyando la frente en sus dos manos, vertiendo lágrimas y diciendo en voz baja y entrecortada por los sollozos :

— Enrique, Enrique, ¡yo te amo!

Después de un momento se levantó erguida, sonrió con orgullo y...

— Él me amará también, ¡oh! me amará mucho, lo prometo, dijo, y se metió en la cama.

Aun estuvo agitada por algunos minutos; pero el amor á esa edad no causa largos insomnios; la hermosa joven murmuró algunas palabras incoherentes y se durmió suspirando.



XIX

EL POVENIR

Por su parte Fernando se pasó gran parte de la noche pensando en los incidentes que acababan de ocurrirle y que parecían influir definitivamente en su destino.

El nuevo amor ocupaba de una manera absoluta su corazón, y había sucedido al joven lo que siempre sucede á los que no han amado ni han sido correspondidos nunca : que aquella mujer que se había mostrado más cariñosa con él y que casi le había confesado su predilección, era la que él prefería ahora, la que él adoraba, la que encerraba para él toda su esperanza y toda su felicidad. No hacía sino pocas horas que le había revelado el estado de su alma, y ya le parecía que habían

CAPITULO ALFONSO
UNIVERSIDAD

transcurrió años de pasión y de ternura. Los amantes no miden la vida del alma por el tiempo.

El amor á Clemencia había llegado á su plenitud en el corazón de Fernando.

Ahora, apenas acabado de salir del aturdimiento que le habían producido las emociones que había experimentado esa noche, se puso á pensar en el porvenir de ese amor tan repentino como poderoso: Él amaba á Clemencia, y era correspondido según lo daban á entender las ardientes palabras de la joven. Pero él era soldado en el ejército de la República, los franceses se dirigían á Guadalajara, y era más que probable que nuestras tropas iban á dejar esta ciudad para ocupar posiciones ventajosas del otro lado de las *Barrancas*. Así, pues, él tendría que salir de Guadalajara dentro de algunos días, y entonces ¿qué iba á ser de Clemencia? ¿Se quedaría en la ciudad y entre los franceses? Este pensamiento desesperaba á Fernando que conociendo ya perfectamente el carácter de la joven, y sabiendo que era reputada como una de las mujeres más hermosas y distinguidas de Guadalajara, temía, y con razón, que á los pocos días de ocupar el ejército invasor aquella ciudad, ya Clemencia tuviese un nuevo capricho y olvidara completamente al oscuro oficial mexicano.

Y esto era tanto más seguro, cuanto que él, Valle, no contaba para hacerse amar de la *Sultana*, como la llamaba Enrique, con ninguna ventaja, ni con las físicas de que tan pródigamente estaba adornado su amigo, ni con las que dan una intimidad de mucho tiempo, el atractivo de la fortuna ó el prestigio de la victoria.

Todo lo tenía en contra. Si se sentía con alguna superioridad moral; si poseía las grandes dotes del corazón, estas dotes no se habían manifestado todavía, y permanecían desconocidas á los ojos de la mujer amada, que bien podía dudar de ellas. La situación de los oficiales de la República no era tal que pudiesen envanecerse de ella. Desde el heroico sitio de Puebla, en el que como he dicho había tomado parte Fernando haciendo prodigios de valor, nuestras tropas no hacían más que retroceder, y los enemigos avanzaban por dondequiera. Verdad es que la adversidad es un atractivo para las almas generosas; pero ni ella era tan grande todavía para que un soldado republicano pudiese aspirar al título de mártir, que tanto interés da al partidario desgraciado, ni era de suponerse que puesta frente á frente la situación de Fernando con la victoriosa de cualquier oficial francés, aquella pareciera más fascinadora para el alma de una

mujer que parecía idólatra de la gloria, como la de Clemencia.

Así, pues, los pensamientos que se levantaban en tumulto en el espíritu del joven oficial, le aterraban, y un sentimiento de desesperación se apoderaba luego de él.

Ni se atrevía á suponer siquiera por un momento que Clemencia saldría de Guadalajara á la llegada de los franceses. Era demasiado rico su padre y tenía bastantes intereses en aquella ciudad para que pudiera razonablemente esperarse que los abandonara á merced de los invasores, y aunque se hallaba reputado como patriota, esa reputación no era tal que le obligase á aceptar los peligros de la campaña y las consecuencias inevitables de los reveses.

Era necesario ser muy patriota, excesivamente patriota para abandonar las comodidades de una vida opulenta y lanzarse en unión de la familia á esa vida azarosa y llena de privaciones, que era la única que se presentaba en perspectiva á los ojos de los buenos mexicanos.

Decididamente el padre de Clemencia no saldría de Guadalajara, y había que resignarse á la idea de dejarla en esta ciudad; y como en tal caso había que renunciar á la esperanza de ser amado, Fernando, aunque con una amargura indecible, se resignó á perder todo aquel

mundo de felicidad que no había hecho más que entrever esa misma noche en un momento de embriaguez y de esperanza.

Y Fernando á cada uno de estos pensamientos mortales sentía desfallecer su corazón, porque comprendía también que su amor crecía por instantes, y que lo que antes no había sido más que una ilusión pasajera, se había convertido ya en una pasión ardiente é inmensa.

No había remedio para él. Se hallaba colocado entre sus deberes de patriota y de soldado y entre sus esperanzas de amante. ¡Primeras esperanzas que habían iluminado el oscuro cielo de su vida y que era necesario sacrificar! Porque el austero joven no vacilaba un momento en preferir la patria á su amor y en consagrarse todo entero á la defensa de su país.

Si había algo que le consolara en medio de este caos de desesperación en que sus pensamientos le arrojaban, era la remota posibilidad de que Clemencia, por un rasgo de su carácter romanescos, permaneciese fiel á su amor durante la guerra que iba á seguirse. ¡Qué encantos tendría entonces para él la terrible lucha que iba á emprenderse! Además de la gloria del soldado, la gloria del amante, la idea de que hubiese una alma que pensase en

él, que sufriese en sus adversidades, que se regojase en sus triunfos, que suspirase por su vuelta, que odiase á sus enemigos, que conservara escondido, pero ardiente, el culto de la libertad, por el que él iba á combatir.

Esto era la dicha, esto era la reproducción de aquellos amores de los tiempos caballerescos en que mientras el guerrero luchaba por su patria y por su fé, su amada le animaba á lo lejos con sus palabras de amor, y le guardaba una fidelidad que era el premio de sus penas y de su valor.

La bandera de la patria tendría entonces para él un símbolo más que idolatrar: el de su amor.

Fernando no quiso renunciar á este último y dulce pensamiento, y ya muy avanzada la noche se recostó en su cama de campaña, no sin besar primero y repetidas veces la hermosa flor que Clemencia le había dado, y que iba á ser de allí en adelante un talismán sagrado que no se apartaría jamás de su corazón.

¡Si el pobre oficial hubiera podido escuchar las últimas palabras de Clemencia esa noche, cuánto no habría sufrido, y cuán espantosa no le habría parecido la vida, y cuán aborrecible ese mundo en que suele matarse á un hombre con una sonrisa páfida!

XX

CONFIDENCIAS

Tres días después Isabel vino á casa de Clemencia y se precipitó sonriendo en los brazos de su amiga, á quien halló pensativa y triste,

— ¡Qué feliz soy, hermana mía, qué feliz soy! le dijo.

— Lo veo en tu semblante, Isabel, lo creo..... ¡Conque te aman!.....

— Y amo como una loca, como nunca he amado, cómo nunca pensé que podría amarse.

— Vamos, di, ¿qué ha pasado? Enrique te ha dicho.....

— Que me adora, que no ama á nadie más que á mí; que no ha dejado á nadie en México, y que la guerra no será un obstáculo para que yo sea su esposa.

BIBLIOTECA ALFONSAINA